



A mi buen amigo *Anthón Sáinz*, degustador reposado de cosas que fueron.

Noche de luna, de luna alta, redonda, ahita de Cosmos. Duerme la Villa sus primeras horas, silenciosa, sosegadamente, defendida por el cinturón amurallado que la envuelve y agrupada prietamente junto al poliedro de la iglesia, cuya achatada torre es la primera en alcanzar en sus bordes y en el campanario, la luz argéntica que se vierte de lo alto.

La noche, que es como cóncava vasija, recoge y da calor separadamente a esos ruidos menudos que brotan cuando el día desaparece: el silbido de flauta de los sapos, el canto de los grillos, el croar de las ranas, y ese murmullo tenue y hervoroso de la marea que sube río arriba, trayendo en su superficie especular, desde el puerto del Pasaje, un aliento fresco que al evaporarse en la noche alta, deja en el negro vitral del cielo un fino vaho de estrellas. También se percibe a la parte de Lezo cierto límite sonoro, que no es otra cosa que un horizonte en la noche hecho con ladridos de perro...

Apenas se distingue a la mate luz lunar, el fanal de cien cabos encendidos que fija la posición de entrada a la bahía en el recodo de punta Machingo, ni las brasas sabiamente alimentadas de los astilleros de Ugarriza, Pontica y Basanoaga, donde auténticos artifices de la arquitectura náutica, combando cuadernas y trabajando ricas maderas, botan al agua los mejores bajeles de la época.

La Villa de Rentería, en esta noche de verano aquietada y transparente, sabe mezclar al aroma de campo fecundo que trae el terral, el olor salobre de marisma que llega con la marea, hermanando así a la flor de sus hijos ilustres vinculados a la tierra en empeños sedentarios, el aliento encendido y la refulgencia de soles lejanos, de esos otros que han sabido fundir horas de plenitud, de guerra y de conquista, sobre las tarimas ardientes de sus galeones, envueltos en dos únicos azules: el amplio e inconsútil del cielo y el espeso, espumeante y embriagador del proceloso mar...

Al socaire de Alaberga seis embarcaciones tensan las amarras al empuje de la marea. Son naos, datches y galeotas que, después de mil portentosas sin-

gladuras, vuelven al rincón que les dió el ser a reparar averías, a dejarse desguazar definitivamente o a enrolar nuevas tripulaciones de la villa, que luego habrán de mirar con ojos febriles el mundo fabuloso de las Indias, o se dejarán calcinar los huesos en los arsenales tórridos de Argelia y Túnez. ¡Flor de la raza vertida al Planisferio y a la Rosa de los Vientos!...

Al filo de la noche un portal se abre en "Goikokalea", al borde de la muralla y junto al recio maderamen de la Puerta de Navarra. Tres personas salen a la pendiente adoquinada, blanca de luna. Echan a andar.

—¡Eh, marinero! No enciendas farol, que con ese que cuelga del cielo tenemos bastante —exclama uno de ellos, chaparro, fuerte, de rostro al parecer obscuro.

El aludido, descalzo de pie y pierna y un tanto separado de los otros dos, baja el farolillo que iba a encender y dice, andando calle abajo:

—Como vuesa merced ordene, capitán.

El tercero es alto y delgado, viste de ropilla obscura y medias negras calzadas en los pies con botines acuchillados. Se destaca en el cuello la blanca y rizada gola, y el borde de la capa medio suelta se levanta por detrás con la punta de la tizona. Lleva un sombrero en la mano.

Parece ir prendido en la conversación iniciada en la casa que acaban de dejar, porque tomando el brazo de su acompañante, le dice con el mayor entusiasmo:

—Me admiran todas estas cosas, señor náutico y no deseo más que embarcar. Ya que mis gustos no discurren por la algazara de las aulas de Alcalá de Henares, demos cauce a ellos en la guerra contra el Turco. Ardo en deseos de tener un puesto en la "Santa Clara", esa nao vuestra a la que tanto queréis.

—Descuidad, amigo, descuidad. Tenéis gran valor en el Bachiller Yerobi para que yo no os atienda como merecéis; y, puesto que es decisión vuestra medir fuerzas con el Turco, ¡por el cuerno vivo de Mahoma os prometo complacer! Pero como aver mismo habéis llegado de esas tierras secas de la Mancha donde vivís, he de noneos en punto de ciertas cosas.

—Decid, señor capitán: os escucho.

—No creáis que el Bachiller Yerobi, Vicario de

esta parroquia, os ha recomendado mi mediación a humo de pajas. Como no queréis ir a las Indias —a donde parece se va a trasladar la nación entera—, y sí vivir el mundo de los piratas, él, que sabe que yo sólo vivo para saldar una cuenta pendiente con Barbarroja, Bey de Argelia, y que tengo una nao preparada para hacerme a la vela, ha pensado que nadie mejor que mi persona podía ofrecer os ocasión propia.

—Así pues, esta salida vuestra...

—Sí; hay en ella algo más que el comercio con el Reino de Sicilia. Pienso valerme de los fletes que para aquellos puertos me den como excusa a mis verdaderos fines. Mi vida, cuajada de batallas y de aven-

turas sin cuento, necesita de una última que dé término al agobio en que vivo; la que me venga del Bey de Argelia, con el que combatí ferozmente el año veintiséis en una desproporción de fuerzas que rayó en la locura. Ahora, después de preparar esta empresa con tanto cuidado, comprendo aquello en toda su magnitud.

—Algo he querido colegir de la conversación que acabáis de tener en la casa de uno de vuestros pilotos—dijo el joven.

—¡Ah, qué difícil es explicarse en tierra las cosas que suceden en la mar!... Figuraos que una mañana y en pleno mar tropezáis con siete goletas, cinco galeones, cinco fustas y un bergantín, que era la escuadra de Barbarroja, y que toda ella, a una señal, comienza a ofenderos puesta en facha de combate y vomitando fuego. ¿qué haríais en tal aprieto?

El joven no contestó.

—Hice una maniobra con el aparejo pesado, viré mi galeón, y animé a mis hombres, mandando encender todas las bocas — prosiguió el capitán —Al instante aparecieron mis banderas en el pico de la escandalosa, y esperé... Quizás otro en mi lugar, hubiere pretendido huir, pero alguna diferencia hay entre corsarios y caballeros de fortuna, con las gentes que saben del valor de una enseña. Animé a los míos, como digo, puse las bocas de estribor enfiladas a la goleta capitana, y abrí fuego.

—¿Uno contra dieciocho? — preguntó admirado el joven de la tizona al cinto.

El capitán sonrió, chispeándole los ojos con el recuerdo.

—Así fué. Parecía que mi batel, la "Preciosa", era el fondo del mismo infierno. Aquello duró todo el día. Combatimos con furia y grande tesón desesperadamente, con los hierros de abordaje dispuestos a todo y haciendo una gran mortandad en el Turco, que no comprendía nuestra resistencia. Por fin hubo de desistir de abordarnos y tomarnos presos. Barbarroja en persona desde la toldilla de su navío dió la orden de cesar el fuego.

—¿Y qué pasó?

—Aprovechamos la noche para curar heridos y reparar averías, y dar oportunidad al Bey de volver a la suerte, por si no sabía que mi nao no se rendía con aquella ofensa, pero al rayar la amanecida no vimos vela alguna sobre el mar y sí grandes restos de la escuadra y algunos naufragos de ella que pedían auxilio. El sol estaba en su zenit cuando, sin enemigo con quien combatir, di orden de enderezar rumbo, tomando el de la ciudad de Valencia, a donde llegué con nueve muertos de mis hombres y treinta heridos; con el palo mayor desarbolado, con la popa



Escudo del bravo marino renteriano Machino de Rentería, que todavía puede verse en la fachada de su casa solariega de la calle Capitanenea.

argón
SUMINISTROS INDUSTRIALES

Calle Alfonso XI, 9 - Telf. 6262
Telegramas: ARGON

RENTERIA
(Guipúzcoa)

de la "Preciosa" casi deshecha, con los costados mordidos por el hierro turco y el aparejo inservible, pero con el honor a salvo y el pabellón izado...

—¡Sois admirable, señor capitán! — exclamó entusiasmado el joven.

—Quizás no sea para tanto. No soy más que Martín de Uranzu, conocido en el mar y en sus puertos por el Capitán Machino de Rentería, con cierta fama de bravo al decir de algunos, eso sí, pero nada más.

Habían llegado a la Plaza Mayor después de varias paradas en el camino. La luna depositaba su plateada luz en la fachada de la iglesia, y parecía haber descendido a las pupilas del joven que no se apartaban del rostro atezado del Capitán, surcado por profunda cicatriz.

—Ardo en deseos de tener un puesto en vuestra nao—dijo al Capitán.

—Pronto ha de ser ello —contestó éste. ¡Mi nao!... ¡Toda una empresa!... Para construirla he hipotecado toda mi hacienda; en ella va toda mi experiencia y toda mi ilusión, todo lo que tengo y todo cuanto soy. ¿se puede pedir más?... Las mejores maderas de Jaizkibel y Urda-Buru para su casco, que ha de ser recio en verdad, lo mejor de las ferrerías de la Villa para sus trabazones, y Sebastián de Amasa, el arquitecto náutico más considerado, en el astillero de Basanoaga, para darle forma y altura. Y dejó vinculados a ella a mis mejores amigos de mar: Juanes de Isasti y Tristán de Ugarte como pilotos y mi hijo Juan Pérez de Rentería y Uranzu como capitán de piezas y de cubierta...

—¿Luego está todo ya listo?

—Casi todo; solamente falta afianzar el aparejo menor. Mañana veréis ese portento que es mi "Santa Clara". Como ella se ha construido para un fin determinado, lleva en toda su forma y estructura las experiencias sacadas en mi larga vida de marino. He construido mi nao de manera opuesta a como lo hace el Turco con sus bajeles. Por eso veréis, mi joven amigo, cómo las amuras son muy bajas y el bauprés de poco ángulo, cómo el aparejo está reducido todo lo posible para abreviar la maniobra, y cómo el alcázar de popa, de tres pisos, es muy alto y estrecho; con ello conseguiré tener con poco blanco, un buen campo de observación cuando comience el combate, porque las gentes de Argelia y Túnez, son dadas a derribar primero el velamen y luego bombardear el casco, que, naturalmente, queda a su merced. La "Santa Clara" será una nao que apenas sobresaldrá del agua.

—¿Y de artillería? — preguntó el joven.

—Dieciocho piezas bajo las portas por banda y dos

culebrinas en el combés. No sé yo de galeón particular que fuere tan bien armado—respondió Machino de Rentería.—He suprimido en ella todo recargo de lujos, y así quedaréis sin ver en mi navío mamparos labrados, y arrufos y grecas en la toldilla y en los pasamanos. En cambio haréis aprecio a una salida de aguas en la popa, como dudo haya otra igual.

El Capitán Machino se expresaba mejor con el ademán que con la palabra, y tanto en uno como en la otra, había gran entusiasmo. Apretó fuertemente el brazo del joven, diciéndole con fervor:

—A poca vela que Dios os dé, habéis de presenciar hechos notables. Sabed que todos mis deudos, al enterarse de la calidad de mi empeño, se me han presentado pidiendo un puesto en la nao y diciéndome que no desean cobrar por ello soldada alguna. ¿Qué os parece?

El joven debía estar maravillado.

—¿Y cuándo zarpamos, señor Capitán?—preguntó excitado.

—¡Pronto, muy pronto! Soy el primero en desear hacerme a la vela. Voy a luchar contra el Turco con el temple necesario para vencer, para vencer... ¡o para morir! A tiempo estáis de quedaros en tierra si os parece demasiado como comienzo de vuestra carrera.



El capitán Machino de Rentería.
(Dibujos de Cobreros Uranga.)

ALMACEN DE TEJIDOS AL POR MAYOR

Imaz y Samperio

San Martín, 46 - Telf. 10.297

SAN SEBASTIAN

—¡ Señor náutico!—exclamó el joven en tono recio y cargado de reproche.—He de creer, a pesar de vuestro nombre y de vuestros años, que habláis en tono festivo. ¿verdad?

Machino de Rentería lanzó una sonora carcajada mientras daba un golpe amistoso en la espalda del joven.

—Vamos, vamos a casa, que todavía he de hablar a pesar de la hora — dijo el Capitán, tomando a su amigo del brazo y desembocando en la calle contigua a la Plaza Mayor.—¡ Mirad cómo la luna se recrea en mis armas!... En los cuarteles de ese escudo que veis en la fachada, están condensados, por gracia y favor de nuestro Emperador hacia mi persona, los lances más destacados en los que hube de meterme por estar dedicado a su servicio.

El joven miró a donde el brazo del Capitán señalaba, encima de la puerta de la casona. El escudo se destacaba magnífico y en todo su relieve a la luz mate de la luna.

—Ahí tenéis las embarcaciones turcas sobre el mar: las tres flores de lis del corsario francés Juan Florin, a quien vencí y apresé con toda su gente y banderas, a más de un navío de Aldabe, el de Fuerterrabía, que había sido abordado y reducido por él. Así terminó aquel pirata innoble y sanguinario. En el otro cuartel veréis la bandera del Barón de San Blancarte, a quien vencí una hermosísima nao que pirateaba largo tiempo, llenando el mar con la sangre de sus víctimas. Mandaba dicha nao un capitán griego a quien yo conocía, porque una vez en Marsella quiso asesinarme, pero esta vez luchamos de frente y a tiro de nuestras baterías. Lo perseguí y lo vencí, combatiendo fieramente. Cuando vió mi nabeillon y mis armas quiso huir, pero no pudo. Maté al griego y a gran parte de sus hombres y, después de hundirle el navío, entregué cuarenta y siete de ellos al Virrey de Sicilia, que los mandó a galeras. El Virrey levantó los cargos y pliegos oportunos de nuestra victoria, y su Cesárea y Católica Majestad, el Emperador Carlos V, me dió este privilegio que aquí veis. Queda ahí la piedra labrada para los que vivan después, y en la carne fresca tenéis de aquello esta cicatriz.

Machino de Rentería, el bravo y esforzado marino de la Villa, que llenó el mar con su nombre temido y llegó a ser General del Mar Océano, ladeó la cabeza, mostrando a la luna aquella mancha oscura y rugosa que le cruzaba el rostro hasta perderse bajo el cuello. Miró a su joven amigo intensamente y luego sonrió. Se volvió al tercer personaje que guardaba la distancia, y le ordenó:

—¡ Eh; marinero, llama con la aldaba!

A cuatro siglos de la fecha —montón ingente de hojas del calendario caídas sobre el azaroso camino del tiempo—, ha surgido esta escena a la vuelta de un paseo crepuscular por las calles de nuestra Villa. Nos hemos quedado un rato detenidos ante la casona de la *Calle Capitanenea* deleitándonos con la suculencia del escudo opíparo que muestra su fachada, y divagando mentalmente sobre aquellos renterianos ilustres, de recia personalidad, que con sus hechos definitivos quedaron engarzados a las páginas de la Historia cual cuentas de rosario.

Quizás una mixtificación de la vida llevó a los hijos del pueblo a otras empresas, porque el mar, acaso ruboroso y extrañado, hace muchos años que se alejó de la Villa, dejándonos solamente un conato de río que es el poro excretor de su industria.

En la casa del Capitán Machino de Rentería hay en la actualidad un taller de bicicletas y una taberna acreditada, donde una abigarrada y sudorosa clientela, va dejando sus bandullos como candiotas entre una atmósfera cargada de tabaco y urencias vinícolas y sobre una tupida alfombra de cáscaras de cacahuet.

Por la calle Viteri ha pasado un tranvía albo de color y complicado en extraños sonos metálicos y al fondo de *Capitanenea* un grupo compacto de chiquillos se aprieta junto a un carro de heladitos...

Puesto que Rentería no sabe ya del olor salobre del mar; puesto que sus verdinegras murallas no se aroman con el olor alegre de la brea de los calafates, y puesto que los húmedos y sombríos bodegones de sus calles enjutas no exhalan calideces de productos ultramarinos, hemos de decir aquí que, a la vista de la casa del Capitán Machino y lo que en ella se muestra ahora a nuestros oídos, en este atardecer cuajado de brillante y finísimo "siri-miri", el alma se nos ha calado de honda melancolía...

SHANTI DE OARSO

Para librería buena
la de "**Galarraga**" es
de lo mejor en su ramo
antes, ahora y después.

Capitanenea, 14

RENTERIA

Eduardo Armesto

ODONTOLOGO

Viteri, 7, 1.º - Telf. 60-50

RENTERIA